

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

DISCURSO INAUGURAL
DEL AÑO ACADÉMICO 1984-1985

LEIDO EN LA SESIÓN CELEBRADA EL DÍA 24 DE OCTUBRE 1984

POR EL ACADEMICO NUMERARIO

EXCMO. SR. D. BALTASAR RODRIGUEZ-SALINAS PALERO

SOBRE

REFLEXIONES DE UN HOMBRE QUE CREE,
PIENSA Y VIVE



M A D R I D
DOMICILIO DE LA ACADEMIA
VALVERDE 22 - TELEFONO 221 25 29

1 9 8 4

Depósito Legal: 34155--1984

REALIGRAF, S. A. - Burgos, 12 - 28039 Madrid

REFLEXIONES DE UN HOMBRE QUE CREE, PIENSA Y VIVE

Podría parecer extraño que un matemático hable de Teología en esta Academia. Sin embargo, no hay por qué extrañarse. En efecto, la importancia que ha adquirido en nuestra época el humanismo y la formación de la persona han hecho que esta misma Academia se haya preocupado, entre otras cosas, por la ética de la Ciencia. Por otra parte, la historia de la Ciencia, que es otra preocupación de esta Academia, nos lleva a la historia de los matemáticos y de sus inquietudes. Y son muchos los matemáticos notables que se han preocupado por la Teología. Cauchy decía en una ocasión: «Yo soy cristiano, es decir, yo creo en la divinidad de Jesucristo, con Tycho-Brahe, Copérnico, Descartes, Newton, Fermat, Leibniz, Pascal, Grimaldi, Euler, Guldin, Boscovich, Gerdil, con todos los grandes astrónomos, todos los grandes físicos, todos los grandes matemáticos de los siglos pasados. Yo soy también católico como la mayor parte de ellos; y, si se me pregunta la razón, yo la daré con mucho gusto. Se vería que mis convicciones son el resultado, no de prejuicios de nacimiento, sino de un examen profundo» (C. A. Valsón, **La vie et les travaux du baron Cauchy**. París, 1868, t. 1, págs. 173).

Justamente, en particular, yo pretendo hacer ver aquí que mis convicciones religiosas son el resultado, no de prejuicios, sino de un examen profundo. Si como matemático me he preocupado mucho de los teoremas de existencia, no podía dejar de preocuparme de la existencia de Dios, cuestión que es mucho más trascendente. Como para Abraham, nuestra estrella polar es la esperanza, que es muy necesaria para el buen desarrollo de la vida. Sin esperanza no se llega a nada o en tal caso nos llevaría a decir con Juan Jacobo Rousseau: «Dios Todopoderoso, tú que tienes en tus manos los espíritus, líbranos de las luces y de las funestas artes de nuestros padres, y devuélvenos la ignorancia, la inocencia y la pobreza, los únicos bienes que pueden hacer nuestra felicidad» (**Discurso sobre las ciencias y las artes**, P. II). Nosotros, desde luego, no queremos la ignorancia para nadie, sino la verdadera sabiduría que está basada en la humildad; ni tampoco la pobreza cuando raya en la miseria, está reñida con la alegría y conduce a la desesperación. Además, nos sentimos solidarios con nuestros padres, tapando como Sem y Jafet con un manto su desnudez, sin olvidar de poner remedio al mal y pedir perdón por los pecados, pero reconociendo sobre todo los propios.

Tesis primera

HAY ALGO EN MI QUE NO SOY YO

Hay algo en mí que no soy yo.

Yo no soy el que no soy, pero no soy el que soy.

Entonces ese Algo que hay en mí y que no soy yo, Ese es el que es que ha dicho, dice y dirá siempre: «Yo soy el que soy».

Yo pienso porque soy y soy porque El es.

El es porque ama, entonces yo soy porque El me ama.

Luego, cuanto más ame yo, más seré.

Yo quiero amar a El y por El todo lo que es.

Si no amo, no seré.

¿Quién soy yo? Esta es la pregunta que se han hecho los místicos. Uno de los más grandes de ellos, Ramana Maharsi (1879-1950) busca así el conocimiento del Yo, que al encontrarlo quebró las cadenas de la ilusión (maya) y se liberó en vido (jivanmukta). La doctrina de Maharsi, aunque no expresamente definida, tiene muchos puntos de contacto con la filosofía oriental en general. Para conseguir niveles superiores de conciencia y lograr aquel que es el más elevado, o sea, el **samadhi** (sinónimo de iluminación espiritual), es imprescindible —según la mayoría de los sistemas orientales— trascender los contrarios, los pares de opuestos como Tú y Yo, encontrar una afirmación absoluta más allá de la vulgar y dualística afirmación-negación; en pocas palabras, **vivir la Verdad Absoluta, Suprema**. El intelecto no es suficiente para la consecución de esa verdad absoluta; es necesario el despertar de la **intuición**, vencer la ilusión y centrarse sobre el Sí-mismo, sobre el Yo superior. Intelectualmente no se llega a la afirmación absoluta. Para el Maharsi la forma más directa de llegar a ella es tratando de conocer el propio Yo. De ahí su recomendación de que es imprescindible preguntarse constantemente: ¿Quién soy yo? Pero la búsqueda del Yo es tan antigua como la Humanidad, y ya San Agustín decía que la verdad está en uno mismo.

Cuando afirmamos que nosotros somos algo y negamos que existimos por nosotros mismos, intuimos la existencia de un ser que existe por sí mismo, es decir, intuimos la existencia de Dios. Así se reveló Dios a Moisés cuando le dijo: «Yo soy el que soy» (Ex. 3,14). Precisamente, la existencia de Dios como ser que existe por sí mismo la demuestra Santo Tomás por su tercera vía. Aunque las demostraciones de la existencia de Dios, según Santo Tomás, no se admitan como tales demostraciones, es indudable que, al menos, son una base sólida de una **intuición razonable** para asegurar la existencia de Dios. Por eso podemos concluir que **si nosotros existimos, y no existimos por nosotros mismos, es que está en nosotros el que existe por sí mismo.**

Un matemático, no creyente, como B. Russell, en vez de decir con Descartes «yo pienso», decía «dentro de mí se piensa». Así admitía que dentro de nosotros podía haber una vivencia distinta. Pues bien, de manera análoga que Pablo, en Atenas, ante el Dios desconocido (Act. 17,22-28), yo digo: ese que «piensa» dentro de nosotros es Dios, «porque en Él vivimos y nos movemos y existimos, como algunos poetas han dicho: "porque somos linaje suyo".» (Act. 17,28).

Como Santa Teresa, lejos de buscar a Dios en el cielo, preferimos buscarle en la realidad de cada día y por eso en nosotros mismos que somos la primera realidad. Si Dios está a nuestro lado, ¿por qué le vamos a buscar lejos? Recordemos que San Pablo decía: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (I Cor. 3,16). (Véase también, I Cor. 6,19 y Jn. 14,23).

Aunque, según San Pablo, Dios vive en una luz adonde nadie puede llegar, sin embargo se aspira precisamente a este imposible, y en esa aspiración radica esencialmente la disposición mística, originada en una apatencia indomitable de divinidad que impulsa a los místicos y no les deja sosegar.

Algunos teólogos como Hans Küng opinan que no se puede probar la existencia de Dios. Sin embargo, desde un punto de vista puramente matemático, se puede probar la existencia de Dios; lo único que puede ocurrir es que la demostración no sea convincente. Además, el Concilio Vaticano II (y el I), siguiendo a San Pablo, profesa que el hombre «puede conocer ciertamente a Dios, principio y fin de todas las cosas, con la razón natural, por medio de las cosas creadas» (Rom. 1,20); y enseña que, gracias a la revelación «todos los hombres, en la condición presente de la Humanidad, pueden conocer fácilmente, con absoluta certeza y sin error, las realidades divinas, que en sí no son inaccesibles a la razón humana» (Conc. Vat. II, Const. **Dei Verbum**, 6; Conc. Vat. I, Const. **Dei Filius**, c. 2; D. 1785-1786). Pero como lo importante es convencer y no demostrar, preferimos presentar, inicialmente, la existencia de Dios con una base sólida en una intuición razonable que se perfecciona y se va desvaneciendo en la fe.

Jesús no demuestra la existencia de Dios a partir del mundo por un argumento filosófico o por silogismos, pero sus palabras y sus obras, que muestran la huella de Dios, despiertan en los hombres y mujeres la fe. Cristo «dio, en efecto, testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían, porque su reino no se defiende a golpes, sino que se establece dando testimonio de la verdad y prestándole oído, y crece por el amor con que Cristo, levantado en la cruz, atrae a los hombres a Sí mismo» (Conc. Vat. II, Decl. **Dignitatis humanae**, 11). Confiesa asimismo el sagrado Concilio que la verdad no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad, que penetra suave y a la

vez fuertemente en las almas (Conc. Vat. II, Decl. **Dignitatis humanae**, 1). La verdad es la fuerza de la paz. Por todo esto, está muy justificado lo que dijo Sócrates a Gorgias: «Ten el valor de asumir la verdad». Efectivamente, cuando se asume la verdad, se tiene fe.

«¡A Dios no hay que explicarlo y demostrarlo con argumentos, como un teorema matemático! A Dios se le ve en todas partes, y muy particularmente **en el fondo de nuestra conciencia, cuando nuestra conciencia se halla limpia**» (Pedro A. de Alarcón, **El escándalo**). Precisamente, la moral de todas las religiones consiste en escuchar y obedecer la voz de la conciencia, que si es recta es la voz de Dios. Pero para obedecer es necesario tener fe, por lo menos en uno mismo. Es claro ahora que el silencio de Dios no existe para el que sabe escuchar.

Descartes decía «yo pienso, luego existo», pero yo prefiero eludir ese argumento, que me parece más propio de una ciencia abstracta como las Matemáticas, pero no para la Metafísica y Teología, y decir de manera explicativa, dando la vuelta, «yo pienso porque soy», para agregar a continuación «soy porque El es», es decir, porque El me ha creado. De este modo parto de la existencia del Yo para afirmar la existencia de Dios, para luego desde Dios comprobar la existencia del Yo. En otras palabras, pienso que la existencia del Yo sólo queda confirmada por la existencia del Tú y sobre todo por la existencia de Dios.

La razón de la existencia de Dios es el amor: Para Dios ser y amar es la mismo: Dios es amor (1 Jn. 4,8). Por eso digo: «El es porque ama, entonces yo soy porque El me ama. Luego, cuanto más ame yo, más seré». Si Dios nos ama es porque no somos completamente malos: tenemos algo de bondad; pero desde luego no somos buenos, porque solamente Dios es bueno (Mc. 10,18). Por tanto, para aumentar en bondad es «preciso que El crezca y yo mengüe» (Jn. 3,30). Entonces, donde hay humildad no sólo hay sabiduría (Prov. 11,2), sino también santidad.

No me atrevo a decir «amo a Dios» porque, por lo que ello supone, puede no ser completamente verdad. Prefiero decir: «yo quiero amar a Dios», que parece más exacto y admite la posibilidad de que ese amor vaya aumentando. ¡Lo importante no es amar, sino amar cada vez más, mucho más! Por eso el amor de Dios, que es la perfección del amor, se manifiesta cada vez con más intensidad, como se ve con los sucesivos avances de la ciencia, de la medicina y de la técnica. No hay que dar vueltas, esos avances no serían posibles si Dios no interviniese. Lo triste es que el hombre a veces los emplea mal.

Si amamos a Dios debemos amar, como San Francisco de Asís, todo lo que El ama y en la forma que El quiere. No se puede amar a Dios si no se ama a los hombres. No se puede amar a los hombres si no se ama a Dios.

Por tanto, es imposible, o por lo menos difícil, amar a Dios si no se ama a los hombres e, igualmente, es imposible amar a los hombres si no se ama a Dios.

Entre Dios, el prójimo y uno mismo hay, pues, una cierta unidad en cuanto todo eso puede y debe ser amado. Entre uno mismo y los demás se establece una paridad, que en cierto sentido se extiende a todas las cosas. Pero en ese conjunto Dios debe ser amado sobre todas ellas. Por tanto, Dios no es amado con sólo amar al prójimo, aun cuando no amar al prójimo sea signo de que tampoco se ama a Dios: «Si alguno dijere: Amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve. Y nosotros tenemos de El este precepto que quien ama a Dios ame también a su hermano» (1 Jn. 4,20-21).

Si amar a Dios es amar al prójimo, prescindiendo de hecho de Dios, ¿cómo se ama el hombre a sí mismo? Se ama con amor total y absoluto, ya que entonces es el hombre, la humanidad, lo que se constituye en absoluto, y se relativiza la moral. Pero si se ama con amor absoluto, no se puede amar al prójimo como a sí mismo, pues lo absoluto es necesariamente único y la alteridad posible es relativa y subordinada al yo. En esa contradicción se rompe la armonía maravillosa de la caridad. Por eso la negación, teórica o práctica, de Dios no se resuelve nunca en un mayor amor al prójimo, sino en amarle en la medida que es útil y conveniente. Así aparece un amor ficticio cuya intensidad disminuye en cuanto el prójimo se aleja en cierto modo algo de uno mismo por vínculos familiares, de amistad, de intereses económicos, de raza o de partido. (Fernando Ocariz, **Amor a Dios. Amor a los hombres**).

El hombre es cuerpo y alma, carne y espíritu: es más que un animal racional. Por ello tiene una razón que se supera a sí misma de una manera sublime. Luego se debe amar al hombre de una manera completa: a su alma y a su cuerpo.

«El reconocimiento del señorío de Dios conduce al descubrimiento de la realidad del hombre. Reconociendo el derecho de Dios, seremos capaces de reconocer el derecho de los hombres. Del hombre en toda su verdad, en su plena dimensión... de **cada** hombre, porque **cada** uno ha sido comprendido en el misterio de la Redención y con **cada** uno se ha unido Cristo para siempre» (Juan Pablo II, 2-VII-1980).

EL SANTO Y SEÑA

Diógenes buscaba un hombre. Yo busco a un Dios. ¿Pero existe Dios? ¿Existen los demás? Esta pregunta os hará a muchos reír. Igualmente, por ambas preguntas, sonreirá benévola Dios. Es indudable que tenemos la idea de Dios. Para probar su realidad sería necesario que Dios se hiciera hombre. ¿Quién es la Encarnación de Dios? Para reconocerle tengo un santo y seña en mi corazón. Leo y releo, escucho y busco donde está o ha estado Dios. Hay un hombre que sin decir expresamente que es Dios, ha muerto precisamente por declararse Hijo de Dios: Jesús de Nazaret. Todos somos desde entonces hijos del Padre, pero solamente ha muerto El por ser propiamente Hijo de Dios.

Me llegan muchas noticias de El, pero son casi todas indirectas. Sin embargo, hay una casi directa, que es la de un alma anhelante por comunicarse a todos, sin disminuir la libertad. Su eco es: «Creedme, que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; a lo menos, creedme por las obras» (Jn. 14,11). Este es el santo y seña, es el fulminante. La bomba es la resurrección de Jesús. No hay ley más cierta e inexorable que la ley de la muerte. Solamente puede vencerla Dios. La noticia de la resurrección nos llega por los mensajeros del Evangelio, hombres que de manera insólita no dudan en acusarse de sus flaquezas y pecados. Se puede dudar de ellos, y se duda de ellos, pero de la misma forma habría que dudar de otros mensajeros de los que no se duda. Si somos consecuentes tenemos que creerlos. De todas las maneras, la maravilla de la prueba por la Resurrección es la mejor y mayor prueba de que ha sido ideada por Dios. Como Pedro tenemos que exclamar: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt. 16,16), para pedirle después «conocer el don de Dios» y abundante «agua viva», no para apagar la propia sed, sino para ser más eficaces en la proclamación y propagación del Exangelio.

Contra los que dicen: «Dios ha muerto», nosotros tenemos que decir cantando: Dios no ha muerto. Dios está siempre naciendo, aunque ha nacido ya.

Si queremos buscar a Dios en la realidad, debemos buscarle también en el mundo, es decir, debemos buscar a Dios encarnado. Así, si le encontramos, quedará confirmada la existencia de Dios. Esto está de acuerdo con el Concilio que dice: «En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (Conc. Vat. II, Const. *Gaudium et spes*, 22).

Si examinamos las figuras principales de las religiones, nos encontramos con que las únicas que podrían ser ese Dios encarnado son Buda y

Jesús, porque en el Antiguo Testamento no hay tal posibilidad ya que en él ni siquiera aparece el Mesías. Tampoco Mahoma puede ser Dios encarnado porque sólo es reconocido como el Profeta.

Buda se presentó a sí mismo como un hombre, pero era un hombre de tal categoría, que no pudo evitar que con el tiempo sus seguidores le dieran el título de dios. Pero si Buda fuese Dios sería la verdad y no se hubiese presentado simplemente como un hombre.

De manera general, en las religiones paganas no puede encontrarse Dios porque son politeístas. En efecto, la unicidad de Dios es una verdad naturalmente demostrable, y a cuyo conocimiento han llegado muchos filósofos paganos, guiados por las solas luces de la razón, como Sócrates, Platón, Aristóteles, etc. Las cinco vías de Santo Tomás también llevan lógicamente a la demostración de esta verdad. Pero, además, Santo Tomás prueba la unicidad de Dios de tres maneras: por simplicidad, por su infinita perfección y por la unidad del mundo (Suma Teológica, 1 q. 11, a. 3). La Sagrada Escritura repite insistentemente que hay un solo Dios verdadero y que los dioses de los gentiles son mentira y vanidad. En particular, se dice en el Deuteronomio: «Escucha Israel; el Señor, tu Dios, es uno». Esto puede servir tanto para confirmar la unicidad de Dios, como también para no descartar que la verdad está dentro del Antiguo y Nuevo Testamento.

Los motivos de credibilidad de la religión cristiana son los milagros y las profecías, según consta en la Sagrada Escritura. Dios desafía a las demás religiones a que produzcan tales señales: «Así habla Yahvé, el rey de Israel, su redentor, Yahvé Sebaot: Yo soy el primero y el último, y no hay otro Dios fuera de mí. ¿Quién como yo? Que venga y hable, que anuncie y se compare conmigo. ¿Quién desde el principio anunció lo por venir? Que nos prediga lo que ha de suceder. No os atemoriceis, no temáis nada. ¿No lo anuncié yo antes ya, y lo predije tomándoos por testigos? No hay Dios alguno fuera de mí, y si hay Roca, no la conozco» (Is. 44,6-8) (Véase también: Is. 43,9).

«La religión mahometana tiene por fundamento el Corán y Mahoma. Pero este profeta, que debía ser la última esperanza del mundo, ¿ha sido predicho? ¿Y qué notas tiene que no las tuviera también cualquier hombre que quisiera llamarse profeta? ¿Qué milagros dice haber hecho? ¿Qué misterios ha enseñado, según su tradición misma? ¿Qué moral y qué felicidad?» (B. Pascal, **Pensamientos**, 601).

«La religión de los judíos parecería consistir esencialmente en la paternidad de Abraham, en la circuncisión, en los sacrificios, en las ceremonias, en el arca, en el templo, en Jerusalén; finalmente, en la ley y en la alianza de Moisés.

Yo digo que no consistía en ninguna de estas cosas, sino solamente en el amor de Dios y que Dios reprobaba todas las demás cosas» (B. Pascal, **Pensamientos**, 610).

Pero además según el mismo Antiguo Testamento: 1) Dios hará una nueva alianza con el Mesías, y la antigua será abandonada (Jer. 31,31). 2) No se acordarán más del arca (Jer. 3.16). 3) Será rechazado el templo (Jer. 7,12-14). 4) El orden de los sacrificios de Aarón será reprobado y se introducirá por el Mesías el orden de Melquisedec (Salmo «Dixit Dominus»). 5) Jerusalén será reprobada y Roma admitida (Salmo «Dixit Dominus»).

La mayor prueba de la religión cristiana son las profecías: «Si un solo hombre hubiera compuesto un libro de predicciones de Jesucristo, acerca del tiempo y de la manera, y si Jesucristo hubiera venido conforme con estas profecías, ello tendría una fuerza infinita.

Pero hay aquí mucho más: una sucesión de hombres durante cuatro mil años que, constantemente y sin variación, vienen, los unos después de los otros, prediciendo este mismo advenimiento. Es todo un pueblo, el pueblo judío, quien lo anuncia, y que subsiste desde hace cuatro mil años, para dar testimonio corporal de sus seguridades acerca de ello» (B. Pascal, **Pensamiento**, 710).

«Considérese que desde el comienzo del mundo la expectativa o la adoración del Mesías subsiste sin interrupción; que se encuentran hombres que han dicho que Dios les había revelado que había de nacer un Redentor que salvaría a su pueblo; que Moisés y los profetas vinieron después a declarar el tiempo y la manera de su venida; que dijeron que la ley que tenían no era sino para esperar la del Mesías; que finalmente vino Jesucristo, con todas las circunstancias predichas. Todo esto es admirable» (B. Pascal, **Pensamientos**, 617).

He aquí una de las profecías impresionantes de Isaías: «Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre él, y en sus llagas hemos sido curados. Todos nosotros andábamos errantes, como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yahvé cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros. Maltratado y afligido no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores. Fue arrebatado por un juicio inicuo, sin que nadie defendiera su causa, cuando era arrancado de la tierra de los vivientes y muerto por las iniquidades de su pueblo. Dispuesta estaba entre los impíos su sepultura, y fue en la muerte igualado a los malhechores; a pesar de no haber en él maldad, ni haber mentira en su boca» (Is. 53,5-9).

El testimonio de los Evangelios y de la Iglesia nos asegura de muchas formas y, en particular, desde un punto de vista histórico, la veracidad

de los hechos de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Ese testimonio tiene más fuerza natural si no se detiene en un hecho aislado, como la resurrección, y se extiende a toda la vida de Cristo, porque se puede analizar la **extraordinaria coherencia** de ese testimonio. Los Evangelios nos ponen en contacto directo con la vida de Jesús por medio de sus palabras y de sus obras. Nosotros podemos participar de cierto modo en ella mediante la oración. La vida de Cristo es un misterio, pero hay misterios que para comprenderlos algo hay que lanzarse a ellos como se lanza uno al agua, seguros de que se abrirá ante nosotros. Ya he dicho que me han impresionado siempre mucho aquellas palabras de Jesús a los apóstoles: «Creedme, que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; a lo menos, **creedme por las obras**». Tales palabras merecen una respuesta: Creemos en ti Jesús, precisamente por tus obras, si ese es tu deseo. Por ellas y por tus palabras reconocemos que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo, el Dios-Hijo. «Toda obra de Cristo tiene un valor trascendente: nos da a conocer el modo de ser de Dios, nos invita a creer en el amor de Dios, que nos creó y quiere llevarnos a su intimidad» (J. Escrivá de Balaguer, **Es Cristo que pasa, Cristo presente en los cristianos**).

Quien comienza el credo con la fe en un «Dios Creador Todopoderoso» también puede concluirlo serenamente con la fe y la esperanza en la «vida eterna». Es innegable que por medio de Jesús de Nazaret se otorga a los hombres esa gran esperanza. Desde Jesús se pudo entender a Dios de una forma más amable e íntima, se puso de manifiesto quién es Dios: Dios reveló su verdadero rostro. Y hay algo que resulta cada vez más claro: desde Dios se puede entender a Jesús de forma completamente distinta: con todas sus palabras y sus obras, Jesús interpretó a Dios como sólo Dios podía hacerlo. Por tanto, aun prescindiendo de sus milagros y de las profecías y aun por encima de ellos, la caridad que se desprende de las palabras y obras de Cristo prueba su divinidad. Esta divinidad queda atestiguada por todos los Evangelistas, pero sobre todo por San Juan y, en particular, cuando dice: «Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba al principio en Dios» (Jn. 1,1-2). Por eso, cuando nos falte la fe, debemos decir con Santo Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn. 20,28). Recordemos que bastó al Centurión ver la manera cómo expiraba Jesús, para decir: «Verdaderamente este hombre era el hijo de Dios» (Mc. 15,39).

Tesis tercera
CREER, PENSAR Y VIVIR

**Yo creo en el Camino,
pienso en la Verdad
y vivo (o quiero vivir) en la Vida.**

Vamos a analizar ahora detenidamente los fundamentos en los que se basan algunas de nuestras conclusiones.

1. **El hombre como ser limitado que es no puede, por sus propios medios, tener certeza absoluta de nada.** En efecto, la experiencia demuestra que todas las verdades científicas del hombre tienen un carácter relativo, aproximado y no definitivo, es decir, no absoluto. La Ciencia descubre y viene descubriendo que las verdades de ayer son superadas por las de hoy. Ni las Matemáticas se han salvado de esta ley, porque el rigor de ellas ha ido evolucionando con el tiempo. La teoría de los conjuntos ha dado lugar a antinomias (o contradicciones) que han conducido a diversas teorías para eliminarlas. De este modo las Matemáticas se han hecho semejantes a las ciencias experimentales en las que, cuando no se explican los hechos observados, se rectifican las leyes de ellas para explicarlos. Así y todo en las Matemáticas no se ha podido probar de manera definitiva la no contradicción de los axiomas empleados, por lo que cabe esperar que al idearse nuevas teorías más delicadas surjan nuevas antinomias (o contradicciones) que exijan un mayor rigor y cautela en las Matemáticas. Así desde este punto de vista de los Fundamentos aparecen las Matemáticas como una ciencia experimental perfeccionable en la que se utiliza un aparato deductivo peculiar de ellas. Como Pascal afirmo la relatividad de la certeza de las Matemáticas.

2. **Cada método empleado para el conocimiento de la verdad tiene una precisión o indeterminación propia de él, a la que no se puede exigir más.** Como modelo de una máxima certeza humana (racional) tenemos las Matemáticas en las que no se puede demostrar la no contradicción de los axiomas fundamentales. Los matemáticos ante esta imposibilidad se dan por contentos con la **intuición razonable** en la que se basan dichos axiomas, sin perjuicio de seguir comprobando la no contradicción de ellos.

3. Utilizando la no contradicción de la lógica, que tampoco se puede demostrar, y la «definición» de Dios como «es el que es», resulta la no contradicción de la existencia de Dios consigo misma y, por tanto, queda demostrada, desde un punto de vista puramente matemático, la existencia de Dios. Pero esta demostración, aparte del problema semántico que plantea, no es convincente. Contrariamente a lo que ocurre en las Matemáticas, la no contradicción puramente lógica de la existencia de Dios no es suficiente para asegurar la existencia de Dios.

4. La existencia de Dios está, como las Matemáticas, dentro de la certeza de la razón ya que se puede basar en una intuición razonable, confirmada por las cosas creadas y sobre todo por la prueba concluyente que significa Jesucristo, de acuerdo con la Teología Fundamental. Por esto se puede decir con el Concilio Vaticano II que el misterio del hombre queda esclarecido con el misterio del Verbo encarnado.

5. Los sistemas lógicos no contradictorios son o pueden ser infinitos, por ello la forma de pensar es decisiva para concebir cada uno de ellos. Por eso la vida y las circunstancias del hombre son fundamentales para elegir y asumir uno de ellos. Así la Filosofía más bien que reflejar las verdades de una época ha reflejado el estado de ánimo de ella. Para la Teología no basta pensar sino también es necesario vivir de acuerdo con Dios o seguir a otros que viven o han vivido de acuerdo con Dios.

6. Pensar y vivir son dos operaciones fundamentales del hombre. Otra operación fundamental es la fe, que las perfecciona pero no las suplanta. Tanto la fe como la razón y la vida tienen una gran dignidad por ser dones de Dios.

7. Descartes tomaba como punto de partida de su filosofía «yo pienso, luego existo». El «luego», utilizado sólo eventualmente, no significa una consecuencia lógica, sino la intuición que viene inmediatamente dada con el acto de pensar: «yo soy un ser pensante». Mientras dudo, pienso, y en cuanto dubitante y pensante tengo que existir. Pero por otra parte, si hacemos sistemáticamente de la duda la base del conocimiento, debemos dudar también de esa conclusión. Por tanto, el empleo de la duda como base del conocimiento exige emplearla con el «buen sentido», que nunca debe faltar.

8. Si me pregunto: ¿existe Dios?, también debo preguntarme: ¿existen los demás? Pero es indudable que tenemos una evidencia clara de esta existencia, que nos viene no de una sola parte, sino de muchas, por medio de la extraordinaria coherencia que supone la comunicación con los demás. Por eso es lógico que se logre una mayor evidencia de la existencia de Dios mediante la vida contemplativa. De este modo la intuición razonable deja paso a una fe que va creciendo y nos da una certeza absoluta de la existencia de Dios, que está muy por encima de la certeza de la razón. Esa certeza sería solamente casi absoluta si el acto de fe no fuese perfecto.

9. Entre el «yo pienso, luego existo» de Descartes y el «yo creo, luego existo» de Pascal hay menos diferencia de lo que parece. En efecto, aunque Descartes parte de la existencia de sí mismo para llegar a la existencia de Dios, dice: Si Dios fuese un espíritu engañador, no podría ser el más perfecto. Pues engaño y embuste son signos de debilidad e imperfec-

ción. El mismo concepto o idea de ser sumamente perfecto, por tanto, no sólo implica la existencia, sino también la veracidad y bondad de Dios. **Siendo Dios veraz y bueno, el hombre puede estar seguro de sí mismo y de las cosas materiales que le rodean.** Por consiguiente, Descartes admitía que la existencia de Dios confirma y da una mayor certeza que la inicial a la existencia de uno mismo. Nosotros pasamos de la certeza racional de la existencia de uno mismo a la certeza racional de la existencia de Dios, y de la certeza absoluta de la existencia de Dios, que procede de la fe, a la certeza absoluta de la existencia de uno mismo. Lo que no se puede hacer es lo que pudiera parecer hizo Descartes: pasar de la certeza «absoluta» de la existencia de sí mismo a la certeza de la existencia de Dios, para confirmar con esta certeza la existencia de sí mismo.

10. Al contrario que San Agustín, Descartes no hace hincapié en la limitación de la razón ni en la dignidad de la fe. Nosotros, desde la perspectiva de la Matemática moderna, nos inclinamos por la posición de San Agustín que también decía: «si me engaño, soy». San Agustín, como los Padres de la Iglesia, en general, no conoce un sistema filosófico independiente, nada sabe de dos ciencias distintas entre sí (Filosofía y Teología), dos órganos (razón y fe), dos caminos (pensar y actuar). Sin embargo, es preferible considerar dos sistemas filosóficos: uno en el que se utilice sólo la razón y otro, que permite ir más lejos, en el que se utilice la razón y la fe. Una cosa análoga se hace en las Matemáticas según se agrega o no a la axiomática de Zermelo-Fraenkel el axioma de la elección. Se sabe que si no se utiliza el axioma de la elección resulta una Matemática más pobre en la que las demostraciones suelen ser más laboriosas.

11. Pascal dice: «Conocemos la verdad no solamente por la razón, sino también por el corazón» y añade: «Es menester que la razón se apoye sobre estos conocimientos del corazón y del instinto y que fundamente en ellos todo su discurso. El corazón siente que hay tres dimensiones en el espacio, y que los números son infinitos; y la razón demuestra después que no hay dos números cuadrados tales que el uno sea el doble del otro» (**Pensamientos**, 282).

12. Pascal también opina que: «Hay que conocerse a sí mismo» (**Pensamientos**, 66). Por esto viene a ser Pascal uno de los primeros grandes descubridores del Yo.

13. Pascal después de sus consideraciones sobre el escepticismo y dogmatismo, ejecuta un viraje del todo inesperado y dice: «Reconoce, pues, hombre soberbio, qué paradoja eres para ti mismo. Humíllate, razón impotente; calla, naturaleza imbécil. Aprende que el hombre supera infinitamente al hombre y escucha de tu maestro tu verdadera condición, que ignoras. ¡Escucha a Dios! (**Pensamientos**, 434). Así, pues, para Pascal la certeza radical no procede del pensamiento, sino de la fe. Lo que —como

antítesis al «cogito» cartesiano— puede formularse de esta manera: ¡Creo, luego existo!

14. Para Pascal «las pruebas metafísicas de Dios están tan alejadas del pensamiento de los hombres y son tan embrolladas, que convencen poco. Y aun cuando ello sirviera para algunos, solamente les serviría en el instante de la demostración, pero una hora después tienen miedo de haberse equivocado» (**Pensamientos**, 543). También, de manera parecida a nosotros, piensa: «No conocemos a Dios sino por Jesucristo. Sin este mediador queda eliminada toda comunicación con Dios; por Jesucristo conocemos a Dios, todos los que han pretendido conocer a Dios y probarle sin Jesucristo sólo tenían pruebas inoperantes» (**Pensamientos**, 547).

15. Como San Agustín y Pascal, para evitar caer en creencias erróneas, pensamos que la fe debe ser racionalmente justificada: «entendamos para creer». Pero después, cuando reflexionemos en el acto de fe, debemos aceptar con júbilo, plenamente, el don de la fe. También con San Agustín y Pascal opinamos que la fe es necesaria no sólo en las cuestiones de la revelación cristiana, sino incluso en cuestiones de la vida diaria.

16. Lo mismo que en la Matemática se han superado las antinomias que han surgido, se superarán las aparentes contradicciones, que hayan aparecido o aparezcan, de la razón e incluso la fe con la fe. En este caso se debe excitar el ingenio y sobre todo recurrir a la esperanza y a la humildad, y a la autoridad de la Iglesia. (Véase Conc. Vat. II. **Gaudium et spes**, 36; Conc. Vat. I, **Dei Filius**, c. 3: D. 1785-1786).

17. R. Carnap contrariamente a Leibniz que supo conciliar su actitud científica con la fe cristiana, declara categóricamente en el prólogo de su obra (**Der logische Aufbau der Welt**) que el rigor científico «exige» proscribir de la Filosofía la Metafísica entera, porque sus tesis no se pueden justificar racionalmente. Esto es ir demasiado lejos cuando se tiene el tejado de vidrio por no poder probar la no contradicción de la Lógica. Además, aun en el supuesto de que ello fuese cierto, no se debe descartar el conocimiento que proviene de otras vías distintas de la razón, como son la intuición y la fe. Es una cosa clara que el exceso de rigor puede ahogar a la ciencia. Además, por muy pequeño que sea el contenido de una ciencia, siempre se puede dudar que toda ella sea verdadera. La única excepción es cuando dicho contenido sea vacío. Lo más absurdo, triste y desgraciado del **Principio de verificación** del positivismo lógico del Círculo de Viena, cuyo representante más significativo es R. Carnap, reside en que no se puede verificar satisfactoriamente el mismo. Por otra parte, como ha puesto de manifiesto K. Popper, el positivismo lógico lleva de suyo «ad absurdum». En efecto, el principio de verificación, tan central para el positivismo lógico, su radical exigencia de verificabilidad en la experiencia, no eliminaría sólo las afirmaciones metafísicas. Al mismo tiempo **aniquilaría**

también las hipótesis empíricas y con todo ello el **conocimiento científico natural**: «¡El radicalismo positivista aniquila también a una con la Metafísica, las Ciencias Naturales!»

18. De manera sucinta vamos a examinar las razones que llevan a declarar la divinidad de Jesucristo:

a) **La singularidad de la religión de Israel y que solamente sea Jesucristo el único candidato humano serio para la divinidad.**

b) **Los testimonios históricos sobre Jesucristo:** i) la fe de San Pablo, ii) la fe de la primitiva comunidad cristiana, iii) el valor histórico de los Evangelios, iv) las noticias extrabíblicas de Jesús, v) ¿la Sábana Santa?

c) **La conciencia que Jesús tenía de sí mismo.** En todos los actos de Jesús de Nazaret se manifiesta destacadamente su conciencia de tener una misión divina que cumplir. El mandato del Padre es para él una legitimación y un deber. La conciencia de su misión divina es el rasgo característico de la imagen evangélica de Cristo. En esta conciencia se fundan la sublime seguridad de su actuación y la constante claridad del fin a que tiende. Pero su más impresionante declaración de ser el Mesías fue la que hizo, momentos antes de morir, durante el **interrogatorio ante Caifás** (Mc. 14,61s). El Sumo Sacerdote dirige a Jesús, conjurándole por el Dios vivo, esta pregunta: «¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios?» Se trata de una **pregunta decisiva** para resolver la acusación presentada contra Jesús y la dirige la **suprema autoridad religiosa** de Israel. Jesús responde sencillamente: «Yo soy» (Mc. 14,62). «Tú lo has dicho» (Mt. 26,64). «Vosotros lo decís; lo soy» (Lc. 22,70). Esta respuesta encierra una afirmación tan clara que no deja lugar para una **interpretación que atenúe su significado**. Jesús declara ser el Mesías y va por ello a la muerte. Al añadir que «verían al Hijo del hombre sentado a la diestra del Omnipotente y venir entre las nubes del cielo», vino a corregir una vez más la idea equivocada sobre el Mesías y hacerles sentir todo el peso de su responsabilidad.

d) **Jesús vence a la vida con la Encarnación del Verbo, y vence a la muerte con su Resurrección: la alegría vence a la tristeza.** Testigos principales de la Encarnación son José y María. Testigos principales de la Resurrección son María y los Apóstoles. Representados hoy todos ellos por la Iglesia.

e) **Los milagros de Jesús acreditan su misión divina.** Aunque con frecuencia Jesús realiza los milagros movido por la compasión, la misericordia y la bondad, y otras veces sirvan para confirmar y esclarecer sus palabras, no puede negarse enteramente que los milagros de Jesús tuvieron también una finalidad apologética. Jesús declaró expresamente de distintos modos que sus milagros acreditaban su misión divina.

f) **Valor y fuerza demostrativa de las profecías del Antiguo Testamento.** Aunque no puede afirmarse ciertamente que todas las referencias del Nuevo Testamento a las profecías del Antiguo Testamento posean hoy fuerza demostrativa, no se puede impugnar con razones serias que Jesús es el Mesías anunciado en el Antiguo Testamento, que en él quedan resueltas las aparentes contradicciones entre las profecías mesiánicas, las cuales se conjugan en él formando una síntesis armónica e impresionante, y que en la historia del pueblo elegido, tan rica en acontecimientos milagrosos, llega a su punto culminante y final, para dar paso a la historia salvífica del universal reino de Dios.

g) **La persona de Jesucristo es una garantía de su misión divina: El milagro intelectual de la sabiduría de Cristo: El milagro moral de la santidad de Cristo.** Que Jesús de Nazaret poseía una capacidad intelectual muy superior a la puramente humana, por grande que sea, se deduce del **contenido** de sus enseñanzas, así como del **modo** como las adquirió y transmitió a los demás. La vida de Jesús está completamente limpia de pecado. Sus palabras y obras muestran una inmaculada integridad. Su carácter posee una impresionante serenidad y una incomparable elevación religioso-moral. Sus enemigos, a pesar del odio mortal que les impulsaba, no pudieron acusarle de ninguna falta verdadera (Mc. 14,56; Mt. 27,24; Lc. 23,4-15). El mismo Judas que lo traicionó, confesó haber entregado la vida de un inocente (Mt. 27,4). Los mismos Apóstoles que le conocieron en la intimidad, lo llaman «el Santo y Justo» (Act. 3,14), «Jesús el santo siervo de Dios» (Act. 4,27), «el cordero intachable sin defecto» (1 Pe. 1,19), «aquél en quien no hubo pecado y en cuya boca no se halló engaño» (1 Pe. 2,22) y «Jesucristo, el Justo» (1 Jn. 2,1).

h) **El testimonio de la Iglesia, revalidado por el de los santos.**

19. **El conocimiento de la existencia de Dios obliga a cumplir su voluntad. La forma más cómoda e irreflexiva de no cumplir la voluntad de Dios consiste en negar su existencia, aun cuando las pruebas dadas para afirmarla sean mejores y tengan más valor que para negarla.** ¿Para qué queremos saber o ignorar la existencia de Dios? ¿Por curiosidad? ¿Para justificar no seguir la voz de la conciencia? ¿Estamos dispuestos a todo lo que ello implique? Si las consideraciones que hemos hecho, u otras, nos inducen a tener un pequeño germen de fe, debemos seguir la doctrina de Cristo, haciendo la voluntad de Dios, negándonos a nosotros mismos, cumpliendo la ley de Cristo: la ley del amor. Si no estamos dispuestos a ello, ni a poner la mejor voluntad, no hay más que un camino seudorracional: negar la existencia de Dios sin requerir ninguna prueba, aun cuando para tener la certeza de su existencia exijamos, además de las pruebas aducidas, todas las imaginables que puedan darse. Eso no es científico: en la Matemática para afirmar que un conjunto es vacío hay que probarlo. Como

Bossuet decimos: «¡Ay del conocimiento... que se olvida que “donde hay humildad hay sabiduría” (Prov. 11,2)!» «La mujer prudente edifica la casa; la necia, con sus manos la destruye» (Prov. 14,1). Todo está de acuerdo con la doctrina evangélica, ya que Jesús dijo: **«El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si mi doctrina es de Dios o si es mía»** (Jn. 7,17). Por tanto, quien está dispuesto a hacer la voluntad de Dios conocerá su existencia y reconocerá, cuando tenga noticia de la doctrina de Jesús, que **Jesucristo es Dios**. Aquí radica la gran importancia de la evangelización: **si no quieren escuchar a Jesús, tampoco se dejarán persuadir aunque un muerto resucite** (Véase Lc. 16,31). **Y Jesucristo ha resucitado.**

20. La Lógica, la Matemática y la Ciencia son instrumentos de la verdad, pero la verdad está por encima de ellas: **Dios es la Verdad**. ¡Esperar a la Verdad es el más dulce tormento que se puede imaginar! Impulsados por esto, terminamos diciendo: «Ven, Señor Jesús».

BIBLIOGRAFIA

- [1] AQUINO, T.: **Suma Teológica**, I. Madrid, 1964.
- [2] CARNAP, R.: **Der logische Aufbau der Welt**. Berlín, 1928.
- [3] DESCARTES, R.: **Meditationes de prima philosophia in quibus Dei existentia, et animae humanae a corpore distinctio, demonstrantur**. París, 1641.
- [4] KUHN, TH. S.: **Estructura de las revoluciones científicas**. Méjico, 1975.
- [5] KÜNG, H.: **¿Existe Dios?** Madrid, 1975.
- [6] LANG, A.: **Teología Fundamental**, I. Madrid, 1975.
- [7] PASCAL, B.: **Pensamientos**. Madrid, 1976.
- [8] POPPER, K.: **Logik der Forschung**. Tubinga, 1976.
- [9] WITTGENSTEIN, L.: **Tractatus logico-philosophicus**. (En español: ed. bilingüe. Madrid, 1973).